

¡Camina!

***Al sepulcro no se va,
te llevan,
Como llevaron al maestro.
Lo nuevo ya ha comenzado:
El sepulcro está abierto,
y mana un chorro de vida
que es imparable.
Esta es nuestra fe.
El Señor Jesús
rompió el sepulcro
y sus pasos
han llegado a nosotros.
¡Camina!
La fuerza del Señor
es tu fuerza.
La vida del señor
es tu vida.
No te quedes sepultado
tú que puedes
estar en pie.***

ÍNDICE

1. Retiro.....3-13.
2. Formación.....14-16.
3. Comunicación....17-30.
4. El anaquel.....31-33.
 - No hay queso...31-33.

Maqueta y coordina: José Luis Guzón.

RETIRO

El hombre, según el Espíritu

Pascual Chávez, sdb

“En el futuro, la vida religiosa estará formada por hombres místicos, con profunda experiencia de Dios, o habrá dejado ya de ser vida religiosa”.¹
(Karl Rahner, *Testamento Espiritual*)

1. Contexto y desafíos de la cultura a la Vida Religiosa

Es un poco paradójico que en un momento de la historia caracterizado por el materialismo creciente, por un oscurecimiento de lo religioso y por la negación de la trascendencia, se vuelva a sentir la urgencia de lo espiritual. Quizá puede tratarse justamente de una salida alternativa a este imperio de la física, de la ciencia y de la inmanencia, donde Dios parece no tener lugar.

Nada extraño que surjan en tal contexto múltiples movimientos religiosos de cuño muy diverso, la mayor parte de ellos no arraigados en el cristianismo, que pueden ser interpretados como los últimos coletazos de la expresión religiosa de la humanidad en un mundo que está alcanzando su edad adulta, como diría Kant, o bien como un signo de que la religión es una dimensión esencial de la vida humana y no una etapa del hombre pre-científico.

A la base de toda búsqueda profunda de Dios, del sentido de la vida, y de sus expresiones religiosas está indudablemente el Espíritu de Dios, aquel que aleteaba sobre la superficie de las aguas en los orígenes del mundo, aquel que fue comunicado al hombre cuando le fue insuflado un aliento de vida, aquel que llevó a responder a Abraham con fe y con obediencia a Dios cuando éste le llamó para dejar su tierra y su parentela y marchar a la tierra de promisión, aquel que fue dado a Moisés en el Sinaí como palabras de vida en el don de la ley, aquel que se apoderaba de hombres y mujeres para convertirlos en liberadores de su pueblo y en profetas de Dios, aquel que cubrió a María con su sombra y la hizo madre del hijo de Dios, aquel que ungió a Jesús el día de su bautismo y lo lanzó a predicar y

¹ De manera parecida termina Amedeo Cencini su artículo “Identidad y Misión de la Vida Consagrada para el Nuevo Milenio. Nuevos Elementos” (*Confer* 154 [2001] 251-268), luego de citar un texto provocador de I. A. Chiusano: “«Me pregunto –confiesa un poco antes de morir el escritor católico- si no ha llegado el momento de volverse todos un poco locos, descubriendo aquel cristianismo evangélico, extremista, radical, desarmado, dulcemente arrebatado, que nos deslumbra desde las páginas de los evangelistas y de las crónicas de los mártires, de las florecillas de San Francisco y las poesías de San Juan de la Cruz» La VC ¿no ha sido quizá en la historia signo de ese cristianismo “radical y un poco arrebatado”. Es probable, entonces que *o continuará así viviendo la locura de la cruz, o simplemente desaparecerá*”.

a instaurar el Reino, aquel que fue derramado sobre los apóstoles en forma de llamas de fuego y los transformó en testigos creíbles y elocuentes del Resucitado, aquel que sigue inspirando hoy la defensa de la vida y de la dignidad de la persona humana, aquel que continúa abriendo las mentes y los corazones de hombres y mujeres a Dios.

Ahora bien, este materialismo encubierto de secularismo, hedonismo e individualismo, ha golpeado los muros de todas las instituciones, incluidas las de la vida religiosa, erosionando sus fundamentos y debilitando el entero edificio.

Así se explican aunque no se justifiquen, dentro de la vivencia de la vida religiosa, concepciones secularizadas de vocación que la reducen a un mero proyecto personal o privilegian tanto éste o los propios criterios que esfuman y relativizan la visión de fe o la voluntad de Dios; o bien visiones sociológicas de la misión que priorizan tanto la función social que olvidan u ocultan el testimonio de Dios y su salvación; o en fin formas de organizar la vida personal y comunitaria que no manifiestan con claridad la novedad de los valores evangélicos. Olvidamos quizá que Jesús – al que estamos llamados a seguir e imitar – centró toda su existencia en dar a conocer a Dios, en hacerlo visible y creíble, a través de su entrega hasta la muerte en cruz, consciente de que “en esto consiste la vida eterna: en conocerse a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesús, el Mesías” (Jn 17, 3).

No se puede cancelar la *naturaleza contracultural del Evangelio* que, como escribiera Pablo VI en la “*Evangelii Nuntiandi*”, no se identifica con ninguna cultura, aunque se pueda y se deba encarnar en todas para transformarlas desde dentro y llevarlas a su plenitud.

Tampoco se puede evitar el carácter paradójico de la vida cristiana y apostólica. Al mundo hay que amarlo ¡sí!, con un amor tan grande como aquel con que Dios lo amó, pero sin asimilarse a sus criterios y mentalidad, pues su salvación pasa necesariamente por la cruz.

Este doble juego de fuerzas contrarias entre la cultura imperante, secularizada, y la dimensión religiosa, que lucha por trascender, nos hace tomar conciencia del carácter marginal del cristianismo como lo prueba la muerte de Jesús y las tribulaciones a que se ve sometido quien quiere vivir en este mundo la novedad traída por Jesús y su Evangelio.

Jesús lo expresa abiertamente en el Sermón de la Montaña, donde presenta con su mensaje, comenzando por las Bienaventuranzas, una auténtica transvaloración: “Habéis oído que se os dijo... pero Yo os digo...”. Lo reafirma Pablo en la 2ª Carta a los Corintios cuando da testimonio de su propio ministerio (4, 1-18; 6, 3-10).

Quizá a más de alguno le resulte que esto es “una palabra dura” (Jn 6, 60), insoportable a los oídos y difícil de encajar en la actual sensibilidad, pero Jesús no esconde ni la bondad de su evangelio, que es buena noticia, ni esconde las exigencias que comporta el creer en él y hacerlo programa de vida.

Pensar que cultura y evangelio se identifican y que, por consiguiente, se puede pretender armonizar un proyecto de vida evangélico con los esquemas de la cultura imperante, significa, además de desconocimiento de la identidad de ambos, renunciar a la evangelización, llamada a tocar los nervios de la cultura para abrirla al proyecto original de Dios sobre el hombre.

Es cierto – y esto es una gracia – que la mayoría de los religiosos no está secularizada. Pero también es verdad que la mayoría vive con poco dinamismo, con

una fe mortecina y con irrelevancia la misma actividad, porque los criterios de vida y de praxis son poco evangélicos y poco significativos.

Con sobrada razón han sido los mismos Superiores Generales de las Congregaciones e Institutos los primeros en sentir la urgencia de la *refundación de la vida religiosa*², una expresión en sí misma ya inquietante que deja ver la preocupación por la pérdida de visibilidad y significatividad.

Hay, en efecto, el peligro de que en un mundo desarrollado, en el que el estado tiene la capacidad de afrontar y resolver con competencia todas las necesidades sociales (vivienda, empleo, salud, educación, pensiones, etc), los Religiosos hayan perdido su razón de ser.

Quizá olvidemos – y es bueno recordarlo – que la misión de la vida religiosa no es la de resolver problemas sociales – aunque con frecuencia haya que ejercer esta función supletoria – sino la de ser un signo, una metáfora, de Dios y de su amor en el mundo.

La urgencia de volver a lo fundamental, o dicho más directamente, a Cristo como fundamento único e insustituible de la VR, es inaplazable si queremos realizar nuestra tarea, la que nos hace significativos en este mundo de transformaciones rápidas y profundas: ser hombres expertos en el Espíritu, con experiencia profunda, personal, de lo que significa caminar bajo el dinamismo del Espíritu, conociendo a Dios no de oídas sino porque lo han visto y encontrado.

Quisiera, pues, acercarme al tema de la espiritualidad no de una forma teórica o académica, no preguntándome por posibles definiciones, sino buscando determinar el perfil del hombre según el Espíritu. No encuentro para ello mejor recurso que acudir a la antropología paulina. En efecto, San Pablo nos presenta cuatro tipos de hombre: El “hombre carnal”, bien descrito en textos como Gal 5 12, 26; el “hombre racional”, del que Rom 1, 18-32 es un testimonio; el “hombre mundano”, claramente dibujado en 1 Cor 1, 18-31; y el “hombre espiritual”, ampliamente desarrollado en 1 Cor 2, 6-16 y Rom 8.

Para Pablo, sin embargo, esos cuatro tipos de hombre, en el fondo, se reducen a dos. Para el Apóstol, la persona humana o es espiritual o no lo es. Mientras que para el hombre espiritual, todo – hasta lo más trivial – resulta sagrado, para el hombre no-espiritual, hasta las cosas más sagradas quedan profanadas.

2. El hombre carnal (Gal 5, 12-26)

Quizá conviene comenzar aclarando que cuando Pablo habla de ‘carne’ lo hace desde su perspectiva cultural hebrea, que tenía una concepción antropológica muy unitaria constituida por tres elementos complementarios: el *basar* o el cuerpo, el *ruah* o el aliento de vida, y el *nefesh* o alma. La razón es muy sencilla. Para el hebreo, el hombre es un espíritu encarnado.

Mal interpreta, pues, a Pablo quien lo considere un ‘dualista’, influenciado por el platonismo, que tendría una valoración negativa de la ‘carne’, del cuerpo, de la

² *Convenius Semestralis* de la Unión de Superiores Generales, tenida en Ariccia en noviembre de 1998. Cf. AA.VV., *Per una fedeltà creativa*. Rifondare: ricollocare i carismi, ridisegnare la presenza, Il Calamo, Roma, 1999.

materia, como una verdadera cárcel del espíritu, un peso del que habría que liberarse para dejar volar al espíritu.

Así lo juzgan, de hecho, quienes leyendo determinados textos piensan que Pablo despreciaba la sexualidad y el matrimonio. Bastaría leer el capítulo 7 de la Primera Carta a los Corintios para probar que Pablo veía en el matrimonio una realidad temporal y en el celibato por el reino una posibilidad, un carisma, no apto para todos, pero sin imponer nada a nadie, ni el matrimonio ni la castidad.

Una forma de pensar así a Pablo sería probablemente válida si se tratara de San Agustín, quien efectivamente tuvo influjo del neoplatonismo y, no menos, una experiencia personal que le llevaba a desconfiar de la tiranía de la carne, eso que hoy llamaríamos la fuerza de las pulsiones, convertidas a veces en verdaderas compulsiones.

Para Pablo, la *carne* es la expresión de las reacciones instintivas, las más primitivas del hombre, esas que aparecen cuando no ha habido un proceso de maduración de la persona a través de los valores que se van aprendiendo en la familia, en la escuela, en la Iglesia, en la sociedad. Por eso, Pablo la identifica no con la sexualidad sino con una serie de actitudes y acciones que ponen en evidencia que la persona no tiene la fuerza para encauzar debidamente sus instintos, esos que surgen como respuesta inicial a diversos estímulos. El Apóstol las llama "*obras de la carne*" y las elenca, sin afán alguno de agotar la lista sino a manera de ejemplo de lo que hace al hombre carnal: "fornicación, indecencia, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, reyertas, envidia, cólera, ambición, discordias, facciones, celos, borracheras, comilonas y cosas semejantes".

Basta leer esta lista de "obras de la carne" para darse cuenta de que cuando Pablo habla del "hombre carnal" no se refiere al desordenado sexual, sino a aquel que no tiene un centro en su vida que le pueda ayudar a integrar sus tendencias y pulsiones en torno a un proyecto unitario, y así cae víctima de sí mismo, de su propia intemperancia.

El mal de quien procede en su actuar instintivamente, "carnalmente", consiste en que la persona es incapaz de amar, de descentrarse de sí mismo, de dominar sus impulsos naturales, de dejar espacio para el bien. El mal no está en el hecho de que haga "cosas malas", sino en el hecho de que refleja a una persona encerrada sobre sí misma, encorvada sobre sí, sin dejarse transformar por el amor y, por el contrario, sembrando muerte y cosechando corrupción. Se puede manifestar incluso en formas religiosas, como son la idolatría y la hechicería, pero también en formas neuróticas que llevan a vivir de sentimientos de culpa más que de conciencia de pecado. Vivir según la carne es seguir la lógica de la autodestrucción, psíquica y espiritual, y a veces incluso física. Adormecidos los valores morales, la persona no tiene ya vigor para resistir nada.

Así se entiende que Pablo cierre este capítulo afirmando: "Os prevengo, como os previene, que quienes practican eso no heredarán el reino de Dios". "Lo que nace de la carne, es carne" (Jn 3, 6).

Si bien la mayor parte de los religiosos son personas buenas, de modo que el 'hombre carnal' está poco presente en las comunidades, hay, sin embargo, signos que nos deben alertar. No se puede permanecer indiferentes ante las pequeñas envidias y celos que entristecen la vida de algunos hermanos, las luchas y discordias que le restan a nuestras comunidades vitalidad y fuerza de atracción, la comodidad buscada y el situarse siempre en la ley del mínimo que resta

credibilidad a nuestro testimonio y calidad a nuestra obra. Todas estas actitudes o comportamientos son indicios de que no somos suficientemente espirituales.

3. El hombre racional (Rom 1, 18-32)

La descripción del hombre racional la encontramos en la segunda parte del capítulo 1º de la Carta a los Romanos (vv. 18-32). Es conocido que San Pablo se ha servido para esta argumentación de un texto del libro de la Sabiduría (c. 13), donde el autor sagrado, queriendo confirmar la fe de los judíos en la diáspora, ridiculiza la sabiduría griega, que tanto les deslumbra hasta el punto de pensar que delante de ella la religión yahvista es algo muy primitivo.

Sirviéndose de categorías filosóficas griegas, el autor sapiencial se pregunta cómo es que pudiendo aplicar el principio de la analogía para conocer al Creador partiendo de la creación no lo hicieron y en lugar de conocer y adorar al verdadero Dios lo identificaron con animales (zoolatría), astros (astrolatría), seres humanos (idolatría).

De entrada hay que decir que Pablo tiene una cierta simpatía hacia el hombre racional, al que ve dotado de la posibilidad de conocer a Dios y, por ello, hablando a los Romanos como lo había hecho el autor del libro de la Sabiduría, les dice que no hay excusa para no conocer a Dios. Por supuesto, no se trata de conocer o probar la existencia de Dios, un tema ya discutido por la filosofía griega. La convicción del Apóstol es que el hombre estaba originalmente habilitado para conocer a Dios en su realidad más profunda. El hombre, sin embargo, cerró esta puerta de acceso a Dios cuando encerró “la verdad en la injusticia”. Desde entonces, para Pablo, la razón no es ya un camino de conocimiento de la realidad de Dios. O mejor dicho, el hombre puede conocer “las manos de Dios” contemplando la creación, pero no reconocer “el corazón de Dios” viendo la cruz.

Pablo define el no-conocimiento de Dios como “impiedad”, que se traduce y se expresa luego en idolatría, cuyas consecuencias son dos: la depravación sexual y la injusticia social. Leyendo este texto impresiona la descripción tan certera que el Apóstol hace de una sociedad sin-Dios. Pareciera como si estuviera leyendo la realidad social de nuestros días.

Nuevamente aquí se pudieran encontrar reacciones duras contra Pablo por parte de quienes lo ven dogmatizante y poco tolerante. Lo cierto es que, a diferencia de lo que pensaba Feuerbach que la afirmación de Dios sólo podía hacerse a costa del hombre, toda sociedad que se organiza sin Dios siempre lo hará a costa del hombre, que quedará encuadrado en una de las visiones antropológicas reductoras.

No vayamos, sin embargo, a creer que el “hombre racional” se encuentra fuera de la Vida Religiosa y que ésta es una realidad ajena a nosotros y exclusiva de los que se definen o proclaman como no-creyentes. Ya hemos dicho que vivimos en una cultura caracterizada por un humanismo ateo, inmanente, cerrado a toda trascendencia, y que ésta se ha infiltrado también en las comunidades cristianas y religiosas, afectándonos en alguna medida a todos. Algunas formas de increencia o de idolatría las tenemos también entre nosotros, por ejemplo, en cierta tendencia a absolutizar la propia razón o el propio punto de vista, expresión clara de individualismo y autosuficiencia; o bien en la indiferencia y la falta de amor a Dios, expresados en la ausencia a los momentos de oración en común; o bien en el relativismo teológico que nos vuelve intelectualmente críticos sin que esto nos haga más teologales.

En su magnífico libro *Increencia y Evangelización*,³ J. Martín Velasco presenta las “formas actuales de increencia”. Y después de afirmar “que la relación fe e increencia no se presenta necesariamente como una dicotomía” estudia sus representaciones en las perversiones radicales de la institución en que se encarna la fe, en las idolatrías en el interior de la vida consagrada, en las religiones de remplazo, en las formas variadas de paganismo, en la indiferencia religiosa y el agnosticismo, en la increencia prometeica o en la increencia desesperada. Si siempre es cierto que “*corruptio optimi pessima*”, nunca tan acertado como cuando tenemos a un religioso que no tiene fe o que ha sustituido a Dios con lo que no es (el dinero, el poder, el placer), o que es indiferente o agnóstico, situado en el horizonte de la finitud.

4. El hombre mundano (1 Cor 1, 18-31)

Para Pablo el “hombre mundano” es igualmente una forma del “hombre racional”, caracterizado por un tipo de ateísmo, bajo la figura del rechazo de Dios por el mal en el mundo y bajo la figura del vitalismo dionisiaco que busca el goce sin barreras. Es el hombre que no puede saborear las cosas de Dios y que tiene una repugnancia casi natural y visceral ante la Cruz como revelación de Dios. Un Dios Crucificado es todo, menos lo que el hombre puede pensar o imaginar sobre Dios.

Es lógico, por tanto, que ante la cruz sienta rechazo y repugnancia. La cruz, en efecto, es el banco de prueba de todos los esquemas teológicos que el hombre se hace sobre Dios.

Pablo tipifica al “hombre mundano” con el judío, que imagina a Dios como poder, y con el griego, que lo piensa como sabiduría. Humanamente sería lo normal. Pensar que Dios, precisamente por serlo, es Poder y es Sabiduría, o Razón, o Lógica. Y sucede que en la cruz Dios se le revela al hombre como al hombre no le gusta que sea Dios, débil y estúpido.

La tendencia del hombre a proyectar en Dios lo que quisiera llegar a ser (rico, poderoso, sabio), le lleva a fabricarle a Dios “lechos de Procusto” según los cuales Dios tiene que ser como el hombre lo imagina y ajustarse a sus medidas. O bien, a negarle y, en el extremo de los casos, a matarlo para poder reafirmarse y realizarse a sí mismo.

Con esta lógica resulta imposible reconocer en Jesús, y éste crucificado, a Dios. La cruz, sin embargo, es la única que respeta la trascendencia de Dios, la única que deja a Dios ser Dios, la única que nos lo revela perfectamente.

En efecto, Dios en su realidad más íntima, la más profunda, no es Poder ni Sabiduría. *Dios Es Amor*, diría de modo incomparable San Juan. Si en la cruz no brillan el poder ni la sabiduría que los hombres esperarían de Dios, en la cruz brilla con su máximo esplendor el amor de Dios. “Porque tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único para que creyendo en él tenga vida eterna” (Jn 3, 16). “Porque habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo” (Jn 12, 2).

³ Sal Terrae. Santander, 1988.

El rechazo que produce la cruz de Cristo deja en claro la “sabiduría de este mundo”, que se resiste a dar culto a un Dios Crucificado y, sobre todo, a que los ‘suyos’ aprendan a vivir con la lógica de la cruz, con la lógica del evangelio.

En la vida religiosa el ‘hombre mundano’ se encuentra disfrazado tanto en el ansia de poder y de prestigio como en el rechazo a la debilidad y al sentido de impotencia. El uso que hacemos, con frecuencia, de la autoridad como verdadero autoritarismo; la búsqueda de seguridad económica y de imagen de poderío; el clericalismo que no reconoce ni deja espacios que corresponden a los laicos; el dogmatismo que nos lleva a hablar con excesiva seguridad como si tuviéramos sólo y toda la verdad; el miedo a aparecer pobres, débiles, anclados en la sabiduría de Dios, etc. son actitudes todas ellas que reflejan la hipocresía de quien ha hecho profesión de seguir e imitar a Cristo Jesús, pero haciendo hasta lo imposible por evadir el peso y el filo y la vergüenza de la cruz.

¿Cómo hablar de la novedad radical del Evangelio desde la asimilación a la mentalidad de este mundo? ¿Cómo pretender encarnar una alternativa humanista a la del mundo sin hacer evidente dicha alternativa? ¿Cómo hablar del valor de la pobreza evangélica cuando caminamos por la vida contando con todo y siendo unos perfectos consumistas? ¿Cómo querer tener identidad cristiana si nos preocupa mucho la relevancia social?

5. El hombre espiritual (1 Cor 2, 6-16 y Rom 8)

Viene, finalmente, para Pablo lo que es el “hombre espiritual”. Pablo lo caracteriza por dos elementos definitorios que desarrolla en 1Cor 2 6-16 y en el capítulo 8 de la Carta a los Romanos que, con razón, es llamado el capítulo del hombre según el Espíritu, tanto más notable si le lee – como viene en el texto – inmeditamente después del capítulo 7 en que Pablo presenta el hombre natural, dejado a sus solas fuerzas. Según esos dos textos, el hombre espiritual tiene “la mente de Cristo” y “el amor como ley de su vida”, infundido en el corazón por el don del Espíritu Santo.

Para entender lo que pueda significar que el hombre espiritual tiene “la mente de Cristo” es ilustrativa la imagen tomada de la propia experiencia humana, utilizada por el Apóstol cuando dice “¿Qué hombre conoce lo propio del hombre sino el espíritu humano dentro de él?” para concluir con un argumento *a fortiori*: “Del mismo modo nadie conoce lo propio de Dios si no es el Espíritu de Dios”. Lo explicita todavía más adelante al afirmar “Un simple hombre no acepta lo que procede del Espíritu de Dios, pues le parece locura; y no puede entenderlo, porque sólo se discierne espiritualmente... pero nosotros poseemos **la mente de Cristo**”.

El Espíritu es, pues el que habilita al hombre para conocer a Dios en su realidad más profunda. Aquello que Dios había puesto al alcance de todo ser humano, conocer a Dios a través de la razón, es hoy posible gracias al Espíritu que nos hace capaces de adentrarnos en misterio del amor de Dios. Se trata de una Sabiduría no de este mundo sino de Dios, que nos hace ser testigos de “lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni mente humana concibió, lo que Dios preparó para quienes lo aman”.

De la misma manera que el espíritu del hombre es el que deja conocer lo que uno es, lo que uno piensa, lo que uno quiere, el Espíritu de Dios es el que nos revela “las profundidades de Dios”, el que “nos hace comprender los dones que Dios nos ha hecho”, el que nos hace capaces de discernirlo todo, de buscar lo que agrada a Dios, lo bueno, lo noble, lo virtuoso.

Cuando se piensa en los dones del Espíritu, vemos que los cuatro primeros (el don del conocimiento, el don de la ciencia, el don de la sabiduría y el don del consejo) nos damos cuenta que apuntan precisamente a esta actividad del Espíritu como “mente de Cristo”, que en la literatura popular se llama también “la luz del Espíritu”.

La otra característica, la del “Espíritu como ley” o “el amor como ley” infundido en el corazón por el don del Espíritu”, se encuentra sintetizada en Rom 5, 5 y desarrollada en el Cap. 8 de esa misma Carta a los Romanos. Leemos allí una expresión difícil, muy barroca, pero que es fundamental: “Porque *la ley del Espíritu que da vida*, por medio del Mesías Jesús, me ha emancipado de la ley del pecado y la muerte” (v. 2).

Para entender esa expresión “la ley del Espíritu” hay que acudir a los dos textos proféticos que inspiraron a Pablo. Primeramente a Jer 31, 31-34: “Miren que llegan días – oráculo del Señor – en que haré *una alianza nueva* con Israel y con Judá: no será como la alianza que hice con sus padres cuando los agarré de la mano para sacarlos de Egipto; la alianza que ellos quebrantaron y yo mantuve – oráculo del Señor –. Así será la alianza que haré con Israel en aquel tiempo futuro – oráculo del Señor –: *Meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en su corazón*, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo; ya no tendrán que enseñarse unos a otros, mutuamente... porque todos, grandes y pequeños, me conocerán...” Posteriormente a Ez 36 24-28: “Os recogeré por las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. Os rociaré con un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrias os he de purificar. *Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo*; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. ***Os infundiré mi espíritu*** y haré que caminéis según mis preceptos y que cumpláis mis mandatos poniéndolos por obra...”

La “ley del Espíritu” es, según estos textos, tener al Espíritu por Ley. El es la nueva ley, ya no grabada en tablas de piedra sino metida en el pecho, escrita en el corazón. Más aún, precisa Ezequiel, es un nuevo corazón, un nuevo espíritu, el mismo Espíritu de Dios, que asegura la plena comunión de voluntad entre el hombre y Dios.

Vivir según la ley del Espíritu o tener al Espíritu por Ley, lo explicita el mismo Pablo, es tener el amor como dinamismo de la vida, es caminar no arrastrados por la tiranía del instinto, de la carne, y ni siquiera de la “torah”, de la Ley de Moisés, sino por la fuerza del Espíritu. De esta forma se supera la trágica condición humana del hombre condenado al egoísmo mientras no conoce a Jesús, y la disyuntiva igualmente trágica de vivir como esclavos de la ley o como legisladores que se dan sus propias leyes. La ley está dentro, en el corazón. Es el amor como motivación y principal dinamismo de la vida humana.

A ello se refieren los últimos tres dones del Espíritu Santo (la fortaleza, la piedad, el temor de Dios) que permiten al hombre permanecer en el bien, no dejarse seducir por el mal, vivir sometidos a Dios con obediencia filial, como la de Jesús, buscar siempre su voluntad encontrando en ella su felicidad y su delicia.

El “hombre espiritual” actúa, pues, teniendo la mente de Cristo y el amor de Dios en su corazón. Nada extraño que Pablo afirme que “el amor es el cumplimiento perfecto de la ley” (Rom 13, 10) y que San Agustín saque la consecuencia práctica: “ama y haz lo que quieras”.

Desde esta perspectiva hay que afirmar con toda claridad que, en sentido estricto, no existen cosas ni lugares más espirituales que otros, sino sólo y exclusivamente

hombres espirituales. No es más espiritual celebrar la eucaristía que comer o beber, ni es más espiritual la capilla que la habitación, el estudio o el patio.

En efecto, para el hombre espiritual todo es santo: “Sea que comamos sea que bebamos, todo para la mayor gloria de Dios”. De la misma manera que para el hombre no-espiritual (el hombre carnal, racional o mundano) hasta lo más sagrado queda profanado, como sucedía con los corintios que, celebrando la eucaristía no comían la cena del Señor sino que comían y bebían su propia condena por la sencilla razón de celebrar litúrgicamente la entrega del Señor mientras reafirmaban su propio egoísmo.

Llegados a este punto, nos preguntamos entonces ¿de dónde le viene al amor su grandeza, su primacía? En el conocido capítulo 13 de la ya citada Primera Carta a los Corintios el Apóstol dirá que el amor es el camino por excelencia y que su excelencia proviene de dos hechos: el amor es lo único que sobrevive la muerte, más aún, lo único capaz de vencer la muerte, y el amor nos hace semejantes a Dios que es Amor, nos hace ‘divinos’. Por eso ningún otro don, incluso los más espirituales, se puede comparar con el carisma del amor. Por eso el que actúa movido por el amor se va haciendo como Dios, paciente, amable, no envidioso, no fanfarrón, no orgulloso ni destemplado, no egoísta, no irritable, no lleva cuenta de las ofensas, no se alegra ante el mal pero sí con la verdad. Sin el amor, somos nada. Con el amor, somos todo.

En esto radica precisamente la grandeza del amor, en que realiza la transformación más profunda de la persona humana, haciendo de la salvación una realidad intrínseca.

Esto nos lleva a una conclusión muy importante. La salvación no es una realidad extrínseca a la persona humana. No nos salvamos por el hecho de hacer cosas buenas, como si la salvación fuera el premio del bien hecho. Ésta es una concepción farisaica que hay que superar, siguiendo la enseñanza de Jesús (cf. Lc 18) que nos dice quien bajó del templo justificado. No nos salvamos tampoco por una mera declaración jurídica de Dios. Esta es una concepción luterana de salvación, según la cual somos pecadores pero Dios cierra un ojo y hasta dos y nos acepta como justos aunque no lo seamos.

Lógicamente la pregunta que surge ante esto, es si estamos realmente caminando por el camino excelente. Si a la edad que tenemos, si después de los años de vida cristiana y religiosa y sacerdotal que llevamos amamos más. Si así fuera, aunque avanzáramos lentamente, nos estaríamos acercando a la meta. Si no fuera así, cuanto más rápido corramos, más nos alejaremos de la meta.

Por otra parte, es bueno saber que también para nosotros salesianos, el centro de la espiritualidad, que es el Sistema Preventivo, es el amor. Es bueno saber que también para nosotros la Ley es un camino que conduce al Amor. Es bueno saber que también nosotros estamos llamados a ser hombres espirituales, a imitación de Don Bosco, que “caminó como si viera al Invisible”.

Puede ser, con todo, que como en tantos otros campos de la vida, el problema sea el “cómo” (know-how). Sin pretensión alguna de ofrecer una solución y mucho menos una respuesta exhaustiva, me atrevo a indicar algunos elementos que nos pueden ayudar a ser más “hombres espirituales”:

- El *cultivo de la interioridad personal* a través de la escucha del Espíritu que hay en nosotros y que requiere de silencio y de capacidad de reflexión y de apertura a la Palabra.

- El *desarrollo de la comunicación interpersonal* a través de la escucha del Espíritu que está en la comunidad y que exige apertura a los hermanos, aceptación de ellos, empatía, capacidad de diálogo, búsqueda conjunta de la Voluntad de Dios.
- El *crecimiento en el servicio gratuito y generoso* a través de la vivencia concreta del amor que comporta apertura a los que el Señor nos ha confiado privilegiando a los jóvenes más necesitados de experimentar que Dios les está cercano y les quiere.

5. Conclusión

Partimos describiendo el contexto cultural en que vivimos y en que la vida cristiana y religiosa están llamadas a encarnarse. Para responder a los retos de una cultura caracterizada por “un humanismo ateo, inmanente, cerrado a todo tipo de trascendencia”⁴ y para superar algunos de los elementos más nefastos de la postmodernidad⁵, como son la fragmentación de la realidad, en la que pareciera que no hay ya elemento central que diera unidad a la misma persona humana, la falta de fundamentos y por consiguiente el relativismo, según lo cual no hay nada firme en lo que uno pueda basar su pensamiento, su conducta, su esperanza o sus convicciones, y el fin de los mega-relatos con su cierto sentido de enajenación, que lleva a muchos hombres y mujeres – también religiosos – a la falta de compromiso y al desentenderse política, social y eclesialmente, la Vida Religiosa no tiene otro recurso que la afirmación del Absoluto de Dios en la vida de los que lo profesan como centro de su vida, la novedad del estilo de vida inaugurado por Jesús, la fe en el Evangelio asumido como Regla de Vida.

Sólo viviendo con autenticidad y radicalidad la vida evangélica recuperaremos identidad y seremos eficaces, dando lugar a una presencia atrayente y fecunda. Sólo así recuperaremos el carácter contracultural del Evangelio y de la Iglesia y de la Vida Religiosa y lograremos evangelizar la cultura y el corazón y convertirnos en alternativa real de esta sociedad. Nuestra vocación es eminentemente profética, lo que significa que nuestra mayor preocupación y ocupación no es – no puede ni debe ser – la de sobrevivir dentro del sistema, sino la de cambiar éste.

La refundación de la Vida Religiosa no se resolverá ni expandiendo nuestra presencia, por útil que sea a las personas que servimos, ni restructurando casas ni cerrando obras, por estratégicas que nos parezcan estas medidas, sino siendo hombres que se atreven a tener al Espíritu como conductor de sus vidas, a caminar bajo su inspiración, a ser capaces de transmitir y comunicar nuestra riqueza espiritual, una particular relación con Dios, de crear comunidades abiertas a los otros, especialmente los excluidos y marginados.

El Espíritu puede darnos esa disposición interior con la que Jesús amó al Padre, al punto de no tener otra tarea que hacer Su voluntad, esa pasión con la que se entregó a instaurar el Reino, esa integración de su persona que le llevó a amar a los suyos hasta el extremo.

La Vida Religiosa es – debería ser – un lugar privilegiado para llegar a formar “hombres espirituales” porque debería facilitarnos la maduración del “fruto del

⁴ J. Martín Velasco, 31

⁵ Sandra M. Schneiders, *Finding the Treasure*, Paulist Press. Mahwah, NJ 200, 112-114

Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio propio. Contra eso no hay ley que valga” (Gal 5, 22).

Termino citando un conocido texto del Patriarca Atenágoras en el Concilio Vaticano II. Es un texto provocador y profético, que sintetiza gráficamente cuanto hemos dicho:

«Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo queda en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia una simple organización, la autoridad un poder, la Misión una propaganda, el Culto un arcaísmo, y la conducta moral un comportamiento de esclavos.

Pero en el Espíritu Santo el cosmos es ennoblecido por la generación del Reino, Cristo Resucitado se hace presente, el Evangelio se vuelve energía y vida, la Iglesia realiza la comunión trinitaria, la autoridad se transforma en servicio, la Liturgia es memorial y anticipación, el actuar humano queda deificado».

Pascual Chávez Villanueva, SDB

Roma – Julio 2001.

FORMACIÓN

MENSAJE DEL SANTO PADRE
PARA LA XXXVI JORNADA MUNDIAL
PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES - 2002

"Internet: Un nuevo foro para la proclamación del Evangelio"

Queridos hermanos y hermanas:

1. La Iglesia prosigue en todas las épocas la tarea comenzada el día de Pentecostés, cuando los Apóstoles, con el poder del Espíritu Santo, salieron a las calles de Jerusalén a anunciar el Evangelio de Jesucristo en diversas lenguas (cf. Hch 2, 5-11). A lo largo de los siglos sucesivos, esta misión evangelizadora se extendió a todos los rincones de la tierra, a medida que el cristianismo arraigaba en muchos lugares y aprendía a hablar las diferentes lenguas del mundo, obedeciendo siempre al mandato de Cristo de anunciar el Evangelio a todas las naciones (cf. Mt 28, 19-20).

Pero la historia de la evangelización no es sólo una cuestión de expansión geográfica, ya que la Iglesia también ha tenido que cruzar muchos umbrales culturales, cada uno de los cuales requiere nuevas energías e imaginación para proclamar el único Evangelio de Jesucristo. La era de los grandes descubrimientos, el Renacimiento y la invención de la imprenta, la revolución industrial y el nacimiento del mundo moderno: estos fueron también momentos críticos, que exigieron nuevas formas de evangelización. Ahora, con la revolución de las comunicaciones y la información en plena transformación, la Iglesia se encuentra indudablemente ante otro camino decisivo. Por tanto, es conveniente que en esta Jornada mundial de las comunicaciones de 2002 reflexionemos en el tema: «Internet: un nuevo foro para la proclamación del Evangelio».

2. Internet es ciertamente un nuevo «foro», entendido en el antiguo sentido romano de lugar público donde se trataba de política y negocios, se cumplían los deberes religiosos, se desarrollaba gran parte de la vida social de la ciudad, y se manifestaba lo mejor y lo peor de la naturaleza humana. Era un lugar de la ciudad muy concurrido y animado, que no sólo reflejaba la cultura del ambiente, sino que también creaba una cultura propia. Esto mismo sucede con el ciberespacio, que es, por decirlo así, una nueva frontera que se abre al inicio de este nuevo milenio. Como en las nuevas fronteras de otros tiempos, ésta entraña también peligros y promesas, con el mismo sentido de aventura que caracterizó otros grandes períodos de cambio. Para la Iglesia, el nuevo mundo del ciberespacio es una llamada a la gran aventura de usar su potencial para proclamar el mensaje evangélico. Este desafío está en el centro de lo que significa, al comienzo del milenio, seguir el mandato del Señor de «remar mar adentro»: «*Duc in altum*» (Lc 5, 4).

3. La Iglesia afronta este nuevo medio con realismo y confianza. Como otros medios de comunicación, se trata de un medio, no de un fin en sí mismo. Internet puede ofrecer magníficas oportunidades para la evangelización si se usa con competencia y con una clara conciencia de sus fuerzas y sus debilidades. Sobre todo, al proporcionar información y suscitar interés, hace posible un encuentro inicial con el mensaje cristiano, especialmente entre los jóvenes, que se dirigen cada vez más al mundo del ciberespacio como una ventana abierta al mundo. Por esta razón, es importante que las comunidades cristianas piensen en medios muy prácticos de ayudar a los que se ponen en contacto por primera vez a través de Internet, para pasar del mundo virtual del ciberespacio al mundo real de la comunidad cristiana.

En una etapa posterior, Internet también puede facilitar el tipo de seguimiento que requiere la evangelización. Especialmente en una cultura que carece de bases firmes, la vida cristiana requiere una instrucción y una catequesis continuas, y esta es tal vez el área en que Internet puede brindar una excelente ayuda. Ya existen en la red innumerables fuentes de información, documentación y educación sobre la Iglesia, su historia y su tradición, su doctrina y su compromiso en todos los campos en todas las partes del mundo. Por tanto, es evidente que aunque Internet no puede suplir nunca la profunda experiencia de Dios que sólo puede brindar la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, sí puede proporcionar un

suplemento y un apoyo únicos para preparar el encuentro con Cristo en la comunidad y sostener a los nuevos creyentes en el camino de fe que comienza entonces.

4. Sin embargo, hay ciertas cuestiones necesarias, incluso obvias, que se plantean al usar Internet para la causa de la evangelización. De hecho, la esencia de Internet consiste en suministrar un flujo casi continuo de información, gran parte de la cual pasa en un momento. En una cultura que se alimenta de lo efímero puede existir fácilmente el riesgo de considerar que lo que importa son los datos, más que los valores. Internet ofrece amplios conocimientos, pero no enseña valores; y cuando se descuidan los valores, se degrada nuestra misma humanidad, y el hombre con facilidad pierde de vista su dignidad trascendente. A pesar de su enorme potencial benéfico, ya resultan evidentes para todos algunos modos degradantes y perjudiciales de usar Internet, y las autoridades públicas tienen seguramente la responsabilidad de garantizar que este maravilloso instrumento contribuya al bien común y no se convierta en una fuente de daño.

Además, Internet redefine radicalmente la relación psicológica de la persona con el tiempo y el espacio. La atención se concentra en lo que es tangible, útil e inmediatamente asequible; puede faltar el estímulo a profundizar más el pensamiento y la reflexión. Pero los seres humanos tienen necesidad vital de tiempo y serenidad interior para ponderar y examinar la vida y sus misterios, y para llegar gradualmente a un dominio maduro de sí mismos y del mundo que los rodea. El entendimiento y la sabiduría son fruto de una mirada contemplativa sobre el mundo, y no derivan de una mera acumulación de datos, por interesantes que sean. Son el resultado de una visión que penetra el significado más profundo de las cosas en su relación recíproca y con la totalidad de la realidad. Además, como foro en el que prácticamente todo se acepta y casi nada perdura, Internet favorece un medio relativista de pensar y a veces fomenta la evasión de la responsabilidad y del compromiso personales.

En este contexto, ¿cómo hemos de cultivar la sabiduría que no viene precisamente de la información, sino de la visión profunda, la sabiduría que comprende la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto, y sostiene la escala de valores que surge de esta diferencia?

5. El hecho de que a través de Internet la gente multiplique sus contactos de modos hasta ahora impensables abre maravillosas posibilidades de difundir el Evangelio. Pero también es verdad que las relaciones establecidas mediante la electrónica jamás pueden tomar el lugar de los contactos humanos directos, necesarios para una auténtica evangelización, pues la evangelización depende siempre del testimonio personal del que ha sido enviado a evangelizar (cf. Rm 10, 14-15). ¿Cómo guía la Iglesia, desde el tipo de contacto que permite Internet, a la comunicación más profunda que exige el anuncio cristiano? ¿Cómo entablamos el primer contacto y el intercambio de información que permite Internet?

No cabe duda de que la revolución electrónica entraña la promesa de grandes y positivos avances con vistas al desarrollo mundial; pero existe también la posibilidad de que agrave efectivamente las desigualdades existentes al ensanchar la brecha de la información y las comunicaciones. ¿Cómo podemos asegurar que la revolución de la información y las comunicaciones, que tiene en Internet su primer motor, promueva la globalización del desarrollo y de la solidaridad del hombre, objetivos vinculados íntimamente con la misión evangelizadora de la Iglesia?

Por último, en estos tiempos tan agitados, permítanme preguntar: ¿cómo podemos garantizar que este magnífico instrumento, concebido primero en el ámbito de operaciones militares, contribuya ahora a la causa de la paz? ¿Puede fomentar la cultura del diálogo, de la participación, de la solidaridad y de la reconciliación, sin la cual la paz no puede florecer? La

Iglesia cree que sí; y para lograr que esto suceda, está decidida a entrar en este nuevo foro, armada con el Evangelio de Cristo, el Príncipe de la paz.

6. Internet produce un número incalculable de imágenes que aparecen en millones de pantallas de computadoras en todo el planeta. En esta galaxia de imágenes y sonidos, ¿aparecerá el rostro de Cristo y se oirá su voz? Porque sólo cuando se vea su rostro y se oiga su voz el mundo conocerá la buena nueva de nuestra redención. Esta es la finalidad de la evangelización. Y esto es lo que convertirá a Internet en un espacio auténticamente humano, puesto que si no hay lugar para Cristo, tampoco hay lugar para el hombre. Por tanto, en esta Jornada mundial de las comunicaciones, quiero exhortar a toda la Iglesia a cruzar intrépidamente este nuevo umbral, para entrar en lo más profundo de la red, de modo que ahora, como en el pasado, el gran compromiso del Evangelio y la cultura muestre al mundo «la gloria de Dios que está en la faz de Cristo» (2 Co 4, 6). Que el Señor bendiga a todos lo que trabajan con este propósito.

Desde el Vaticano, 24 de enero de 2002, conmemoración de San Francisco de Sales

JUAN PABLO II

COMUNICACIÓN

Naturaleza e inserción pastoral de **las Delegaciones diocesanas de MCS**

UNA REFERENCIAS PARA SU ESTUDIO: EL DIRECTORIO DE 1999 DE LOS OBISPOS ANDALUCES⁶

Sean mis primeras palabras de felicitación a los Obispos de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social, así como al director del Secretariado por lo acertado de la elección del tema de esta Asamblea de Delegados Diocesanos de MCS de España. Mi agradecimiento al Secretariado por esta oportunidad que se me ofrece de exponer no sólo unas reflexiones acerca de la identidad de nuestras Delegaciones en el nuevo marco cultural

⁶ MCS 198 (oct.-dic. 1999).

y eclesiológico del momento, sino también para mostrar “un marco operativo” como es el Directorio de las Iglesias del Sur sobre este tema.

0.- INTRODUCCIÓN: LOS HECHOS HABLAN

1. Exigencias de los nuevos tiempos

Es cierto que no es la primera vez que se aborda esta materia, pues ya en la reunión de Delegados de noviembre de 1992 en Madrid se pretendió analizar la situación de las delegaciones y presentar una serie de planes pastorales.

Sin embargo, a los viejos problemas, aún no superados del todo, se han añadido unos nuevos, derivados del vasto entramado de satélites, estaciones y redes, etc..., que está teniendo grandes repercusiones en la vertebración de la familia humana¹, ya que hoy las Comunicaciones Sociales significan, ante todo, un fenómeno cultural y social, configurador de la sociedad moderna y en mayor medida, de la del futuro. Se nos presenta un inmenso campo que va desde los medios clásicos de prensa, radio y televisión, pasando por los nuevos instrumentos técnicos, las estructuras económicas, los cuadros profesionales, hasta las audiencias incalculables del universo mediático². Así pues, pensamos que en este tránsito al nuevo Milenio, es justo, bueno, conveniente y necesario” el relanzamiento y puesta al día de nuestras Delegaciones de MCS, porque ellas son instituciones vitales para la evangelización de los tiempos actuales. Por eso no basta sólo con unas mejoras técnicas de nuestras oficinas diocesanas, es necesario profundizar en el “humus” cultural que reviste a toda noticia y que exige para el anuncio del Evangelio un lenguaje que se adapte a los medios de comunicación social sin perder nada de su originalidad salvadora, y de la que es depositaria la Iglesia.

En definitiva, es lo que decía Mons. José Sánchez en su intervención en el II Sínodo sobre Europa: “La Iglesia necesita familiarizarse cada vez más con las nuevas tecnologías, con los nuevos lenguajes y con las oportunidades que éstas ofrecen para la evangelización”³.

0.2. Muchos “muros” que superar

Alguien en su día dijo “que estamos en una Iglesia de papel. Se hacen muchos documentos, pero las respuestas operativas son pocas”. La aparición de un nuevo Directorio en unas Iglesias locales determinadas, ¿no viene a confirmar lo anteriormente dicho? Puede que a simple vista sea así, pero ello significaría ignorar un hecho palpable, y es que no ha habido institución en la sociedad actual que en el escaso tiempo de tres décadas y con tan gran penuria de medios haya hecho un esfuerzo de reflexión tan serio sobre los MCS⁴ como el que en estos años ha realizado la Iglesia Católica. El Concilio Vaticano II representó el acontecimiento histórico y cultural que puso las bases para una nueva teología de la comunicación a partir de la eclesiología de la *Lumen Gentium* y de la *Gaudium et Spes*, e hizo posible que el decreto *Inter Mirífica* (1963) institucionalizara la comunicación social en la Iglesia, dando a luz a dos hitos posteriores como son la Instrucción Pastoral *Communio et Progressio* (1971) y la más reciente *Aetatis Navae* (1992). Todo ello abrió una época de realizaciones cada vez más satisfactorias a todos los niveles, haciendo que los mass media sean, de hecho, parte integrante de la cultura católica, pero reinterpretados a la luz de la mejor tradición humanista, filosófica, sociológica y eclesiológica.

Aunque son muchos los avances en el orden doctrinal e institucional, sin embargo parece que hay “muros infranqueables” tales como los que denuncia Mons Montero cuando afirma que existe una desproporción entre la limitada atención que la Iglesia presta a los MCS (en asignación de personas y recursos, en la debilidad de sus estructuras, etc...), frente a un inmenso despliegue en otros campos de la pastoral⁵. Además, un segundo elemento sería esa actitud ambigua o de miedo respecto a la función y utilización de los MCS en las tareas de evangelización que se observa en muchos sectores del Pueblo de Dios, como ha puesto de manifiesto el Obispo de Portsmouth (Reino Unido) Roger Francis Crispian Hollis, en el reciente Sínodo de los Obispos para Europa cuando decía:

“Trabajando como sacerdote y como obispo, mi experiencia me ha convencido de que, como Iglesia, tenemos miedo de los medios de comunicación social. Somos reacios a trabajar con periodistas y operadores radiotelevisivos, y huimos de las oportunidades que nos dan los medios de comunicación social para testimoniar y evangelizar. Fingimos respeto a la importancia de las comunicaciones en la Iglesia y nos hemos comprometido, una vez tras otra, a formar nuestro clero, nuestros seminaristas y nuestra gente... Pero en realidad.., seguimos mirando a los medios de comunicación social como “el enemigo”... Pertenece a un pueblo que, progresivamente, se ha secularizado a causa de una cultura que está ampliamente controlada por los medios y, con todo, a menudo descuidamos esos mismos medios que podrían ayudarnos a evangelizar nuestra cultura de modo más amplio y efectivo. Los medios de comunicación social nos desafían, pero no tienen por qué ser una amenaza”⁶. Pero a pesar de estas “sombras» que ponen en evidencia lo mucho que queda por superar, es evidente que está surgiendo en la Iglesia un nuevo modelo de comunicación y un nuevo tipo de humanismo creciente estos medios en la cultura católica.

1.- LAS DELEGACIONES DIOCESANAS DE MCS EN LA CULTURA DE LA COMPLEJIDAD

Toda organización o institución humana tiene una naturaleza que la configura, la presenta y la hace operativa. Pero al igual que la naturaleza humana no es algo etéreo, sino que se encarna en una estructura corpórea, ésta se encuentra incorporada y condicionada por la cultura circundante del momento histórico. Así también, por muchas más razones, unos organismos diocesanos como son nuestras Delegaciones de MCS tienen como hábito de su naturaleza la atmósfera cultural en que se desenvuelven los Medios.

1.1. Qué son y cómo están nuestras Delegaciones.

Los *mass media* son la arena del debate público donde exploramos nuevos valores, nuevos modos de ser y nuevos mitos culturales. Ellos son el punto de interacción entre nuestro sentido religioso y la creación de la cultura. La Iglesia Católica, con su característica estructura jerárquica, sacramental y comunitaria, se diferencia bastante de la tradición y de la pastoral de las Iglesias que nacen de la Reforma. Pero también tiene profundas diferencias con el régimen de gobierno de una sociedad civil o de la organización empresarial del mundo económico y financiero. Esto hace que, en realidad, sea necesario acudir a la legislación particular de cada diócesis para conocer exactamente la estructuración técnica del organismo que se ocupa de los MCS⁷. Como sabemos la curia episcopal se ordena en departamentos (delegaciones, secretariados) que asumen el estudio y tratamiento canónico y pastoral de los distintos campos de acción ministerial del Obispo, en el caso de los MCS, las delegaciones diocesanas “son los canales de información de nuestra vida eclesial... Deben estar integradas en el esquema pastoral normal de toda diócesis... teniendo una actividad ad intra y ad extra...

“a. Su tarea, para José Francisco Serrano, “consiste en hacer compatibles los criterios de noticiabilidad con la realidad de los dichos y los hechos de la misma Iglesia”⁹. Digamos que las delegaciones diocesanas de MCS son puentes entre el universo eclesiástico y el universo mediático.

Desde la creación en 1966 de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación de la Conferencia Episcopal, ha sido una preocupación constante el establecimiento y la potenciación de las Delegaciones y han sido objeto de estudio, tanto de las plenarias episcopales XXIX y LVI, como en diversas reuniones anuales de los Delegados Diocesanos de MCS. En estos años se ha mejorado sensiblemente en muchas diócesis, pero creo que no erramos si decimos que todavía tenemos que seguir trabajando en la línea que marcaba el balance que hacia Mons. Martí Alanís en mayo de 1992 cuando afirmaba:

“Nuestro juicio global es que en la mayor parte sigue siendo conveniente un esfuerzo de reorganización más eficaz. Hay bastante diócesis en las que el director tiene una dedicación muy limitada, su equipo personal está muy poco profesionalizado, se dispone de locales insuficientes, no se tiene estatuto propio, no se cuenta con presupuesto suficiente y se organizan muy pocas actividades informativas. Otro problema que tienen la mayoría de las diócesis es la inexistencia de un portavoz oficial, función que es asumida por personas diferentes, a veces sin estatuto público y, por tanto, con serias dificultades para asegurar, en momentos decisivos, una correcta comunicación.

Procurar la preparación profesional de algún sacerdote y algún laico, asegurar las comparecencias oportunas, contestar las agresiones, son los objetivos que todos deberíamos cubrir. En el campo de la educación, tanto de las actitudes críticas de los fieles, como de un mínimo saber hacer de los agentes pastorales, hay también mucho que hacer, así como en la atención pastoral a los profesionales de la comunicación”¹⁰.

1.2. La cultura de los Medios y la cultura del memorial

Además de hacer todo esto, hoy hay que tener muy presentes los elementos culturales a la hora de relanzar nuestras delegaciones diocesanas de MCS en este umbral del nuevo Milenio porque de otra manera no podríamos responder a los desafíos de la cultura de la complejidad que transmiten y envuelve a los propios Medios y que se define por ser una cultura en ebullición y caótica, vitalista y elemental. Esto, como diría Antonio Blanch, trae como consecuencias el predominio de una vulgarización de las artes y del pensamiento, la subjetivización y sacralización del mismo medio, la emergencia del hombre elemental que exalta todo lo corporal y juvenil. Hay que añadir una concepción de la vida fundamentalmente materialista y hedonista, y una forma de entender el ser humano y sus relaciones basadas en un individualismo feroz y en una lucha competitiva sin cuartel. Pero en esta cultura dominante no solamente se encuentran sombras, sino también luces, tales como la pluralidad entendida como riqueza y respeto a los otros, la toma de conciencia del fracaso del “superhombre” unidimensional, la solidaridad como tarea prioritaria, la lucha en favor de la naturaleza. Por tanto, la complejidad se presenta como desafío, ya que es una posibilidad de pensar trascendiendo las incertidumbres y las contradicciones. En el campo de los MCS, la complejidad es la presencia de lo no científico en lo científico, que no anula a lo científico, sino que, por el contrario, le permite expresarse¹¹. “El resultado es una contradicción típica de la sociedad individualista de masas en la que existen simultáneamente una cultura que va-lora al individuo y una cultura de la muchedumbre”¹². En esta línea, el documento del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales *Aetatis navae* no pretende “pronunciar palabras definitivas sobre una situación compleja, cambiante y en perpetua evolución” (nº 1).

La actualización y relanzamiento de las Delegaciones pasa por la atención a la cultura de los Medios, ya que como dice Juan Pablo II en la *Redemptoris Missio* “conviene integrar el mensaje mismo en esta nueva cultura creada por la comunicación moderna” (nº 37). Pero, a la vez, hay que tener muy clara la originalidad siempre nueva de la cultura del memorial de la Buena Noticia, porque no se trata de “crear una buena imagen”, como haría cualquier gabinete de comunicación de una empresa o partido, ni de “captar nuevos socios” en un mercado de ofertas espirituales variadas y donde lo “religioso light” vende; más bien se trata de ofertar -en palabras del Papa- “la cultura del memorial de la Iglesia que puede salvar a la cultura de la fugacidad de la ‘noticia’ que nos trae la comunicación moderna, del olvido que corroe la esperanza. En cambio, los Medios pueden ayudar a la Iglesia a proclamar el Evangelio con toda su perdurable actualidad en la vida de las personas. La cultura de la sabiduría de la Iglesia puede salvar a la cultura de información de los *mass-media* de convertir-se en una acumulación de hechos sin sentido; y los Medios pueden ayudar a la sabiduría de la Iglesia a permanecer alerta ante los impresionantes nuevos conocimientos que ahora emergen. La cultura de la alegría de la Iglesia puede salvar la cultura de entretenimiento de los medios de convertirse en una fuga desalmada de la verdad y la responsabilidad; y los Medios pueden ayudar a la Iglesia a comprender mejor cómo comunicar con las masas de forma atractiva y que a la vez deleite”¹³.

1.3. Construir “puentes” de entendimiento: no absolutizar la técnica

Puede que algunos digan: “Todo eso está muy bien, pero, ¿cómo se hace?” Respondemos que mediante la realización de unas coordinadas - diálogo, cooperación y amistad con los Medios- que son el punto de partida positivo para afrontar los retos que representan nuestras pobres estructuras frente a las grandes empresas de la comunicación. Es curioso que incluso autores actuales, como es el caso de G. Raigón Pérez de la Concha, que han puesto tan en evidencia las carencias de nuestras Delegaciones terminen afirmando: “Todo ello no obsta para que las relaciones de estas personas (los Delegados de MCS) con los profesionales de los medios suelen ser excelentes”¹⁴.

Y es que con facilidad puede ocurrir que confiemos más en los medios especializados que en el mensaje a comunicar, y caigamos en la “tentación virtual” de pensar que una técnica eficaz, una buena imagen, una gestión profesional de la comunicación, resolverían los problemas de la presencia de la Iglesia en los Medios, olvidando algo tan esencial y fundamental como es que el cristianismo es siempre un plus de humanidad que nace de la verdad y belleza de la autocomunicación de Dios en Jesucristo, que posee una capacidad de seducir al corazón del hombre que no posee ninguna empresa humana de este mundo. Por eso dice muy bien José Luis Restán: “Ninguna técnica, habilidad o saber, pueden sustituir a la potencia del Acontecimiento cristiano, que cambia la vida de aquellos a los que alcanza y les mueve a comunicarlo al mundo... Si esto se da, si esto brilla, entonces podemos formar profesionales, perfeccionar su técnica, etc... Pero sin lo anterior nos engañamos y preparamos nuevas frustraciones”¹⁵. El interés por las técnicas de la comunicación tiene que subordinarse a la primacía del mensaje cristiano. La eficacia del apostolado ha dependido en todas las épocas de la capacidad de la Iglesia para utilizar las formas de comunicación dominantes. Sin embargo, no hay que absolutizar el criterio de una comunicación bien lograda. No todo lo que es adecuado a los *mass media* está en consonancia con el Evangelio de Cristo¹⁶.

II.- IGLESIA EN DIALOGO: TEOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN Y ECLESIOLOGÍA

El diálogo es la característica esencial del ser humano, en su dimensión social e individual. Según Ferdinand Ebner, la persona es una racionalidad dialógica cuya estructura comporta una apertura que lo capacita para expandirse, y posibilita su relación con los “otros” y el “Otro”. Esa interacción personal implica una relación libre y consciente a través de la palabra, en su doble vertiente de apelación y respuesta; la unión de ambas constituye el diálogo, que es el ámbito dinámico de encuentro que des-borda el campo acotado de los sujetos dialogantes y se constituye en un lugar abierto de trascendencia y plenificación. Por eso mismo, en toda institución humana deseosa de servir al hombre y la sociedad, y más aún en el caso de la Iglesia, el diálogo aparece como un imperativo. Porque “el dialogar con el otro”, lejos de ser una cuestión de estrategia dentro del pluralismo ideológico de nuestra sociedad, es una de las mayores necesidades humanas, debiéndose realizar siempre en la confianza entre los interlocutores y en la búsqueda común para “caminar en la verdad”, ya que “la búsqueda de la verdad a través de la palabra es búsqueda de la verdad integral en el lugar donde se ofrece de modo privilegiado: el encuentro interpersonal. La palabra es un acontecimiento originario que surge en un encuentro; no es fruto de un acto privativo del hombre”¹⁷.

2.1. Naturaleza teológica de las delegaciones de MCS

La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple comunicación: “Después de hablar Dios muchas veces y de diversos modos antiguamente... llegada la plenitud de los tiempos nos ha hablado por medio del Hijo” (Heb 1,1-2). “Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14).

Así, la encarnación del Verbo es la plena revelación y comunicación de ese diálogo constante de Dios con la humanidad, respondiendo de esta manera concreta y palpable al ansia de comunicación con el misterio que habita el corazón humano. De esta forma, en referencia a aquel Acontecimiento Salvador de hace dos mil años, dirá Pablo VI que “la Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio”¹⁸. Pero en ocasiones ese diálogo con los Medios es delicado y complejo debido a cómo aparece muchas veces la información sobre la Iglesia, siendo lo más habitual una información en clave política dentro del consabido esquema “conservadurismo o progresismo”, pero también por las características del lenguaje tecnológico, a lo que habría que añadir los intereses políticos, el perfil ideológico del medio, la rapidez informativa y el dramatismo en la información¹⁹.

Sin embargo, a pesar de las dificultades del diálogo Iglesia-Medios, no se debe olvidar lo esencial: que “la comunicación, en la Iglesia, se entiende a partir de la comunicación que hace de sí mismo el Verbo de Dios”(AN, 10). Ella es el espacio de la recepción y vivencia de la autocomunicación de Dios Padre, mediante Cristo en el Espíritu. De esta manera la Iglesia ha de ser el “misterio” de Dios vivido hoy, traducido a la expresión de hoy, destinado al hombre de hoy, dialogando con el hombre de hoy, siendo respuesta-servicio a los interrogantes de este final de siglo. Es en este núcleo teológico de la Iglesia como acontecimiento dialógico donde ahonda sus raíces la naturaleza de las delegaciones diocesanas de MCS en cuanto que ellas son estructuras visibles del “diálogo amoroso de Dios con los hombres”²¹. Esto supone que la raíz última de la comunicación para un cristiano no es simplemente un movimiento psicológico inherente a la naturaleza humana; tampoco es sólo una exigencia que dimana de nuestra condición social al amparo de las nuevas tecnologías, sino que se fundamenta y encuentra su sentido pleno y genuino en la comunicación divina.

En este sentido dice Pierre Babin, “depende de una Instancia distinta que lo colorea todo y constituye una a priori fundamental que se encuentra en la base de todo. Ocultar ese *a priori* es intentar describir una casa sin hablar de sus cimientos”²².

2.2.Los modelos de comunicación

La teología de la comunicación está íntimamente ligada a la eclesiología y a cada uno de los modelos de eclesiología corresponde un género de comunicación. Comunicar la Buena Noticia de Belén es la misión de la Iglesia a lo largo de todos los siglos. Este hecho primordial hace que la comunicación sea una categoría fundamental de la revelación cristiana: “No temáis, os anuncio una gran alegría... Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor’ (Lc 2,10-11). No hay propagación del Evangelio al margen de la comunidad de los discípulos, pero la forma de comunicar el mensaje está condicionada no sólo por las propiedades y la técnica de los *mass media*, sino también por el modelo eclesiológico desde donde nos situemos y que luego se refleja en la estructuración y organización de cualquier institución eclesial, por lo tanto también en el caso de las delegaciones de MCS²².

Así tenemos que una eclesiología que se ha convenido en llamar belarminiana, piramidal, que pone el acento sobre los vínculos jerárquicos, daría como resultado una comunicación muy centrada en sí misma, en el magisterio episcopal (*ecclesia docens*), mientras que del resto del pueblo fiel (*ecclesia discens*) sólo se espera es una respuesta de sumisión y de fe. Como consecuencia se crearía una estructura, en nuestro caso llamada delegación, que se interesaría más por aquello que “pasa dentro de la casa”, que por las exigencias de la acción misionera en el mundo. Este modelo presupone que la enseñanza oficial está disponible en textos escritos, accesible por todas parte a los fieles o al menos a los pastores. De esta manera está vinculada a la comunicación por medio de la llamada buena prensa. Esto se ve reflejado en las diversas tentativas organizativas de los años cincuenta: en las Actas del 15 de julio de 1951 de la Junta Nacional de la Prensa Católica, en la creación de los Secretariados de Cine, Radio y Televisión de 1956, o en la Asamblea de los Metropolitanos de 1959, en la que se plantea una nueva reorganización de los organismos diocesanos, antecedentes próximos de nuestras delegaciones diocesanas de MCS²⁴. Creemos que este modelo hoy en día está superado en la mayoría de nuestras estructuras diocesanas actuales.

El segundo modelo tiene como punto de partida los documentos conciliares y postconciliares del Vaticano II en los cuales afloran, con frecuencia, una llamada apremiante para la renovación evangélica de la Iglesia, tanto en sus miembros como en sus estructuras. Recogiendo la doctrina eclesiológica de *Lumen Gentium*, con su invitación a la comunión y al dinamismo misionero tendentes a recuperar el entusiasmo de los tiempos apostólicos, la *Redemptoris Missio* dice: “Nunca como hoy la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos” (nº 92)²⁵. Esta conclusión de la encíclica misionera de Juan Pablo II tiene como trasfondo la utilización de los medios de comunicación social en la tarea de la “nueva evangelización” porque de no ser así “la Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más. Con ellos la Iglesia ‘pregona sobre los terrados’ el mensaje del que es depositaria. En ellos encuentra una versión moderna y eficaz del ‘púlpito’. Gracias a ellos puede hablar a las masas”(EN 45).

A partir del Sínodo Episcopal Extraordinario de 1985, tanto en los documentos magisteriales, como en algunos estudios eclesiológicos, aparece frecuentemente la trilogía eclesial: misterio, comunión, misión²⁶. La Iglesia es signo de la Buena Noticia de Cristo

(“misterio”) en la medida en que sea comunión y misión. Pues bien, teniendo como base eclesiológica de las delegaciones este trípode fundamental, encontraríamos en primer lugar unos organismos de los que emana una comunicación religiosa, no sólo referida a las enseñanzas episcopales y pontificias, sino que también informaría sobre la vida de los agentes de la Iglesia, los acontecimientos que hablan de la vitalidad de sus miembros, dando a conocer la rica simbología de la cultura cristiana comunicando, una liturgia viva donde todo el Pueblo de Dios es protagonista. Ya no se quedará en la prensa, sino que la radio ofrecerá voz a los acontecimientos más silenciosos de la Iglesia, la televisión mostrará el ritmo de la existencia cristiana, del patrimonio cultural que nos legó la fe de nuestros mayores, la liturgia y la fiesta que produce acoger la Buena Noticia del Evangelio. También desde esta eclesiología tienen cabida los nuevos medios (Internet, redes...).

En segundo lugar, la eclesiología de comunión otorga una naturaleza a las delegaciones de MCS que favorece a un tipo de comunicación donde predomina el testimonio y el diálogo con los acontecimientos de la ciudad secular, ofreciendo las razones de nuestra esperanza, proponiendo la imagen del hombre y del mundo que brota de la fe, dando, sin complejos, nuestros juicios de valor sobre los hechos diarios que deben ser iluminados desde el Evangelio. Así, desde este modelo, el mundo que nos muestran los *mass media* no es sólo un mero objeto de celo misionero, sino que es también espacio donde la voluntad creadora y redentora de Dios está actuando. Esta teología de comunión y misión tiene también sus repercusiones en el género de diálogo en el interior de la misma comunidad creyente²⁷.

III. LA VIDA DE LA IGLESIA HECHA NOTICIA

Estas ideas deben tener su reflejo en nuestras delegaciones diocesanas de Medios, que han de estar insertas en la vida de la Iglesia local, y por lo tanto en el esquema pastoral de toda diócesis. Ya hemos aludido a cómo la Iglesia es noticia en la medida en que es acontecimiento, anuncio y proclamación de la Buena Noticia.

La Iglesia adquiere su vertiente informativa tanto por su lado externo, tangencial al mundo, como por su realidad interna y espiritual. No es extraño que la Iglesia salga en los Medios. Así es y así tiene que ser en una sociedad como la actual, en la que solamente tiene virtualidad social lo que es objeto de información, hasta el punto de que sociológicamente no existe más que sobre lo que se informa y en la manera en que se informa. Pero todos sabemos que esto somete a la Iglesia a una presión fuerte y la expone, como vemos diariamente, a aparecer falsificada o con una imagen deformada. ¿Qué hacer ante ello? De partida tenemos que saber que en la raíz de esa deformidad está una anomalía del propio sistema informativo de la sociedad de la comunicación, donde lo conflictivo adquiere una primacía desproporcionada y viciosa. También cabe preguntarse ¿de donde vienen esas grandes suspicacias del mundo informativo hacia la Iglesia. La respuesta para J. Navarro Valls está en que: “la prensa parte de una idea de los maestros de la sospecha...que se puede formular así: la realidad de las cosas nunca es como se ve, hay siempre una realidad oculta más desagradable de lo que se ve. Además hay un segundo factor, la información que se da aquí (Oficina de Prensa de la Santa Sede) es contra-cultural, va contra la tendencia cultural del momento. Y tercero, no hay un seminario sobre técnicas de la información religiosa”²⁸.

La solución a esta realidad no está en una postura defensiva o de ocultación de los hechos, sino que el camino prudente es examinar primero el sistema informativo y el modo en que la sociedad de nuestro tiempo reacciona ante cada noticia. Además, habrá que tener en cuenta que los problemas de la libertad se resuelven con más libertad y que siempre es mejor la

abundancia de información y la transparencia por nuestra parte que todo lo contrario. Sin olvidar, que el paciente diálogo, el guardar la templanza y las buenas formas ante las provocaciones, y no romper los contactos es un sendero que nunca de debe dejar. Pero, también pregunté-monos si verdaderamente los colectivos eclesiales (diócesis, parroquias, religiosos, movimientos, etc...) están siendo capaces de convertir sus ricas experiencias de vida de fe y de obras de solidaridad en noticias que interroguen a los hombres, porque aquí no vale aquello de que “el buen paño en el arca se vende”, sino lo que nos dice el Señor: “Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz; lo que escucháis al oído, proclamadlo desde las azoteas”(Mt 10,27). Por lo tanto, la Iglesia universal, y en nuestro caso Iglesia local no sólo es noticia, sino que produce noticias²².

3.1. La realidad mediática de las Iglesias del Sur de España

La Iglesia que camina en Andalucía ha intensificado la toma de conciencia de un hecho fundamental: la Comunicación debe estar presente en todos los procesos de la diócesis. Este itinerario está inculturizado en una tierra con hondas raíces cristianas, que cuenta con la herencia de un valioso patrimonio cultural religioso, expresión de fe de muchos siglos; son unas Iglesias ricas en testigos de la santidad y en maestros en obras de caridad, con una fuerte pujanza del catolicismo popular, que en muchos lugares constituyen un verdadero tejido social. Pero, por otro lado, son comunidades que sienten la plaga del desempleo y ofrecen las primeras atenciones a la llegada de los inmigrantes de África, que no están libres del azote del secularismo ambiental que también se filtra en la vida de muchos cristianos y cómo no, el fuerte intervencionismo de las autoridades autonómicas en temas tan vitales, como la educación y la enseñanza religiosa, los asuntos sociales en su amplio campo de actuaciones, el patrimonio de la Iglesia; sin olvidar cómo se está reinventado desde el poder la historia de nuestro pueblo como denunciaban nuestros Obispos Andaluces en su última carta colectiva: “Pretender arrancar a Jesucristo de la identidad de nuestros pueblos, o reducir la fe cristiana a un elemento más de esa identidad junto a otros, o a un hecho del pasado, que permanece sólo como residuo cultural, estético o folclórico, es hacer una terrible injusticia a la verdad histórica y a la realidad presente de Andalucía”²¹.

Desde la conciencia de nuestras limitaciones y pobreza para hacernos más presentes y activos tanto en los medios clásicos de comunicación como en el panorama que nos abren las nuevas tecnologías, podemos decir que la Iglesia Andaluza no esta “afónica”, aunque su voz no sea para grandes conciertos. En los boletines informativos que cada trimestre edita ODISUR se recoge una muestra de esta presencia de la Iglesia en el corto ámbito de la prensa escrita de los 15 diarios de mayor difusión en Andalucía. Así el tercer trimestre del presente año ha arrojado un total de 3.500 noticias sobre la Iglesia, de las cuales positivas son 760, negativas 322 y neutras 2.418. Las noticias sobre sacerdotes/religiosos son un total de 452, de las cuales 272 son positivas, 42 negativas, 138 neutras. En cuanto a la segmentación por temas, tenemos que el índice más alto (30%) se lo llevan las hermandades, fiestas y romerías (este índice aumenta en Cuaresma, Semana Santa y Pentecostés), a continuación van las actividades pastorales con un 20%, luego están los sacerdotes y religiosos con un 11%; patrimonio, cultura y política con un 10%, los Obispos ocupan también un 10%; el Papa un 5%, y el tema de enseñanza por ser tiempo estival ocupará sólo un 5%.

Lejos de descender, aumenta el número de cabeceras de diarios en nuestra región, con una proliferación -extensible a Radio y Televisión- de los medios de ámbito local. Un ejemplo lo representa Sevilla, con siete cabeceras. Otro hecho que puede modificar de forma notoria el panorama empresarial es la alianza entre el Grupo Andaluz de Comunicación y el holding

mediático Prisa.

En el capítulo de prensa no habría que olvidar el papel que juegan, sobre todo “ad intra” de la Iglesia, las publicaciones diocesanas y las innumerables revistas de congregaciones de religiosos que se publican o llegan a nuestra región.

En la radio, además de los programas clásicos de la COPE, también se cuenta -fruto de los Acuerdos firmados en octubre de 1988 entre los Obispos de Andalucía y la Dirección de Canal Sur- con dos programas en Canal Sur Radio, uno semanal de quince minutos “El Evangelio del domingo” y otro diario de 3 a 5 minutos “Palabras para la vida». También sigue creciendo el número de emisoras locales -un 95% de las cuales son públicas, mientras que las emisoras privadas van desapareciendo-, en las que el tema religioso queda reducido, principalmente al fenómeno de las cofradías y a algún que otro programa de contenido más religioso y eclesial, gracias más bien al buen entendimiento entre el sacerdote del lugar y la dirección de la emisora local. Además prosigue la lucha de las grandes cadenas por contar con licencia en diversas localidades de cada provincia. El control que desde la Administración Autónoma, responsable de las concesiones, se intenta hacer del mapa radiofónico, motiva situaciones muy tensas que trascienden el debate político.

El “boom” del fenómeno local cobra especial trascendencia en la Televisión, colocando a Andalucía a la cabeza en número de cadenas locales (125 emisoras de ámbito metropolitano, destacando por provincias Sevilla, Málaga, Cádiz y Huelva). En estas televisiones locales la presencia de lo religioso sufre las mismas limitaciones que en las emisoras de radios. Pero también aquí habría que destacar la presencia de la Iglesia Andaluza en la Televisión Autonómica -gracias al acuerdo anteriormente mencionado- con dos programas: “Testigos hoy”, de media hora de duración los domingos y dedicado a temas fronterizos y de actualidad, “Buenas Noches nos dé Dios” es una reflexión variada en formato y contenido, que se emite de madrugada una vez por semana y de diez minutos de duración.

En los nuevos medios también podemos encontrar múltiples y variadas referencias religiosas, desde agencias de noticias, páginas Web de las curias y delegaciones, hasta documentación diversa³².

3.2. Iter del Directorio de las Delegaciones Diocesanas de MCS de los Obispos Andaluces

Es lógico que, ante este inmenso panorama, frente a los retos propios de los tiempos actuales y de los Medios, y de la amplia actividad apostólica y pastoral de éstas comunidades eclesiales del Sur, los Obispos se hayan ocupado en varias ocasiones de la Iglesia y las Comunicaciones Sociales.

En la reunión de delegados diocesanos de MCS de las Provincias Eclesiásticas de Granada y Sevilla, celebrada en Jaén en junio de 1994, el Obispo Delegado para los Medios, D. Santiago García Aracil, sugirió como tema de estudio elaborar “el perfil del comunicador, así como el contenido de las oficinas de prensa y la función de los delegados de comunicación”.

En la 736 Asamblea ordinaria de los Obispos del Sur de España (Guadix, abril de 1996) se vio la necesidad de “realizar un estudio sobre la presencia de la Iglesia en los Medios y sobre la preparación de personas para el futuro inmediato”. En la siguiente Asamblea, celebrada en Málaga en octubre de 1996, se acordó encomendar al Obispo de Jaén “la elaboración de un Directorio de las Delegaciones de Medios de Comunicación Social”. Mons García Aracil

convocó a dos reuniones al Director de ODISUR y al Delegado de Medios de Málaga a fin de redactar el borrador 0. Posteriormente se le encomendará a la Oficina de Información de los Obispos del Sur (ODISUR) continuar la tarea para presentar un primer borrador en la reunión de Delegados de Medios de Andalucía en Jaén en Junio de 1997. En este encuentro regional se aportaron correcciones al material de trabajo. Los diversos borradores fueron conocidos y consultados a las diez Delegaciones de Andalucía, así como también se consultó a diversos profesionales de los Medios y a profesores de las Facultades de Ciencias de la Información civiles y eclesiásticas. El proyecto final pasó a la mesa de los Sres. Obispos en las Asambleas 816 y 826 del año 1998, siendo aprobado el definitivo en la 83ª Asamblea, que tuvo lugar en Granada en mayo de 1999, siendo posteriormente presentado a los medios de comunicación en Jaén el 8 de junio. La edición ha corrido a cargo del Departamento de Publicaciones de la diócesis de Jaén.

3.3. Estructura del Directorio.

Se trata de un documento marco, con 46 apartados, que orienta el aprovechamiento eclesial de los Medios de Comunicación Social y ofrece unas pautas de estructuración a las Delegaciones de MCS de las diócesis andaluzas. No se define como un documento disciplinar en tomo al tema, sino, como dicen los Sres. Obispos en la Presentación, de “un servicio humilde, una llamada cordial a la benévola acogida de los planteamientos y de los interrogantes que implica la atención urgente a la compleja y condicionante realidad de los MCS. Sólo prestando atención a los MCS con progresiva inquietud pastoral y competencia técnica, podremos aprovechar esas nuevas ágoras y esos púlpitos modernos”.

En la Introducción se plantea claramente cómo el Directorio viene demandado por el impacto que las nuevas tecnologías producen en la tarea de la evangelización y cómo hay que buscar unos cauces operativos donde esté implicado todo el Pueblo de Dios, desde los profesionales católicos, las propias estructuras de las Curias Diocesanas, hasta los hombres y mujeres de buena voluntad que trabajan en los Medios.

La primera parte está compuesta de los siete primeros apartados. Comienza hablando de la actitud de la comunidad creyente ante los MCS, que debe ser tarea de todo el pueblo de Dios. Con una clara eclesiología de misterio, comunión y misión hará referencia a un texto clave de la Redemptoris Missio cuando dice: “No basta usar los Medios para difundir el mensaje cristiano..., sino que conviene integrar el mensaje mismo en esta “nueva cultura” (nº 37). Así, el nº 3 dirán los Obispos que “los MCS ayudan a la Iglesia a manifestarse al mundo, colaboran en el diálogo interno y facilitan el encuentro del hombre actual y su cultura”. Como podemos observar responde a lo que hemos expuesto ampliamente en los apartados primero y segundo de esta ponencia.

Este campo de los Medios, no exento de riesgos (nº 6), es un espacio privilegiado para que “los laicos sean los principales responsables de vivificar con espíritu humano y cristiano la realidad de los medios... La tarea fundamental de jerarquía consiste en colaborar como maestros y pastores, prestando un servicio clarificador de actitudes morales a partir de un discernimiento sereno”(nº 5).

En la segunda parte los Obispos plantean la solicitud de la Iglesia Universal y de las iglesias particulares en Andalucía a través de los grandes documentos, de los sínodos diocesanos y en el ámbito colegiado de la Asamblea de los Obispos del Sur en estos treinta años de su recorrido. Terminará esta capítulo afirmando la necesidad de relanzar las delegaciones de MCS, pues “la comunicación debe impregnar todas las actividades de las

iglesias particulares como símbolo y manifestación de la comunión eclesial”(nº 11).

La tercera parte es tremendamente clara y operativa. Comienza situando a las delegaciones como un organismo técnico de la Curia diocesana y con una encomienda episcopal en un campo específico de la pastoral como son los Medios. A continuación, se definen de sus fines y la doble actuación informativa -interna y externa- que deben desarrollar, así como los distintos servicios a realizar: Proporcionar información y documentación, organización de las Jornadas y Campañas, formación de los usuarios, coordinación con otras estructuras, servicio de publicaciones y comunicación, figura del portavoz de la diócesis (núm. 16-29).

Termina este capítulo aludiendo a la proliferación de emisoras de radio y televisión de ámbito local, a los nuevos medios, así como al acompañamiento pastoral, formativo y espiritual de los profesionales de Medios en la diócesis, sin olvidar a las nuevas generaciones que se preparan en las Facultades de Ciencias de la Información (núm. 30-34). La última parte del Directorio está centrada en la organización de la Delegación de MCS: el equipo humano, los estatutos de la Delegación, la figura del Delegado, las líneas generales de la política de comunicación de la Diócesis, la formación en los Medios de los futuros sacerdotes y la dotación de recursos técnicos y económicos (núm. 35-46).

En definitiva: estamos ante una oferta clara, integradora, realista y con horizonte de futuro. Su existencia representa una novedad en el panorama comunicativo de la Iglesia española y la puesta en práctica de sus postulados supondría una racionalización del nada homogéneo tejido mediático de nuestras diócesis, donde conviven proyectos serios y profesionales con situaciones nacidas de la improvisación.

IV. CONCLUSIÓN: UNA IGLESIA QUE TIENE VIDA

Mirando la realidad de estos treinta años de reflexión colectiva y de experiencia de la Iglesia en el campo de los medios de comunicación, se van vislumbrando unas coordenadas que dan identidad a nuestras delegaciones y que además las insertan en la estructura evangelizadora de la Iglesia local:

1º. Los *mass media* se están convirtiendo, de hecho, en parte integrante de la cultura católica, pero deben ser interpretados a la luz de la mejor tradición humanista, filosófica y eclesiológica.

2º. La Iglesia colegialmente, en estos años, ha dirigido una mirada profunda y meditada al fenómeno de los Medios, para comprender y apreciar su significado pleno en el desarrollo humano y de la fe.

3º. El ideal de una comunicación dialogada, transparente y participada, bajo los presupuestos del respeto a la libertad humana y a la creatividad, se está definiendo cada vez con mayor claridad en el seno de nuestras comunidades, y ello como consecuencia del desarrollo eclesiológico que a supuesto el Vaticano II y el magisterio postconciliar.

4º. Aunque es verdad que en algunos sectores de nuestras Iglesias puedan existir miedos o recelos acerca de los *mass media*, ésta no es la actitud dominante. Digamos que las mismas “nuevas tecnologías” se van asumiendo con bastante naturalidad y con gran creatividad (vg. las ofertas pastorales en Internet).

5°. Mientras que la Iglesia ha hecho grandes inversiones en sectores pastorales como las escuelas, universidades, hospitales..., en el campo de los Medios se advierte bastante rigidez, ocasionada no solamente por la falta de miras o de valentía pastoral, sino que también hay que tener en cuenta el alto riesgo que imponen las leyes del mercado de las empresas de la información.

6°. Las delegaciones de medios son ya hoy algo asumido en las estructuras de una diócesis. En la actualidad es un hecho que la comunicación social ha de tenerse en cuenta en todos los aspectos de la transmisión del Evangelio. Otra cosa serán las carencias sufridas, que no han favorecido un desarrollo de la tarea acorde con los tiempos, la técnica y la altura que ha alcanzado el magisterio sobre los Medios.

7°. En estos años la ilusión y la imaginación de muchos delegados ha suplido la ausencia de una preparación técnica sobre los Medios, y a pesar de todas las lagunas y dificultades han hecho una buena labor de concienciación a nivel diocesano.

8°. Para estar a la altura de los nuevos tiempos se requieren unas Delegaciones con profesionales competentes, pero que no pierdan su vínculo vital con la comunidad cristiana, para no verse reducidas a simples gabinetes de imagen. No es la mera ciencia o técnica la que vence al mundo, sino el ardor en el convencimiento de que estamos anunciando una Noticia siempre nueva, que cambia y llena de sentido la vida de los hombres.

Juan del Río Martín
Director de ODISUR

Profesor de la Universidad de Sevilla

Notas:

1. 'El primer areópago del tiempo moderno es el mundo de la comunicación, que está unificando a la humanidad y transformándola, como suele decirse, en una aldea global. Los medios de comunicación social han alcanzado tal importancia, que para muchos son el principal instrumento Informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos Individuales, familiares y sociales". Reflexiones de la Conferencia Episcopal Canadiense. *Ecclesia*, nº 2.764. 25.11.95, pp. 38-42.

2. Cf. J. IRIBARREN, *Introducción a las relaciones públicas en la Iglesia*, Madrid 1995, pp.139-169.

3. *Ecclesia*, 23.10.99, no 2.968, p. 40.

4. Como enunciado orientativo valga la definición que hace de los *mase media* J. DEL REY MORATO, *Diccionario de Ciencias y Técnicas de la Comunicación*. Á. BENITO (Director, Madrid 1991, p. 902, cuando dice: "Los medios de comunicación social -también llamados canales o *mase media*- son aquellas empresas, públicas o privadas, cuyo cometido es emitir información de actualidad desde los soportes físicos y técnicos que la moderna tecnología ha hecho posible. En la realización de esta tarea, generan, difunden los mensajes que van a proporcionar a la sociedad un modelo y, desde él, una imagen de sí misma y un conocimiento de lo que pasa en el mundo sobre el que informan, todo ello sometido a la fragmentación del período, y que llamamos periodicidad... Desde un punto de vista menos universal, son medios de comunicación social todos aquellos que sirven a la cultura de la actualidad, a la actualidad como cultura, o que la producen desde los cánones propios de la profesión periodística y con arreglo a las posibilidades tecnológicas y a la periodicidad que prescribe cada medio".

5. Mons. A. MONTERO MORENO, "La responsabilidad evangelizadora de la Iglesia en, la sociedad de la Información" en: *Congreso de Obispos Europeos de Medios de Comunicación Social*. Montserrat (Barcelona) 7-9 de abril de 1999.

6. VATICAN INFORMATION SERVICE, Tercera Congregación General. Sínodo para Europa. 2.10.99.

7. Sobre este tema, remitimos al interesante trabajo del Profesor J. F. SERRANO OCEJA, "La Delegación de Medios de Comunicación Social de las Diócesis Españolas" en *Revista Española de Derecho Canónico*

52(1995), pp. 657-712.

8. J. M^o. CIRARDA LACHIONDO, "Prioridades de la Iglesia Española en las Comunicaciones Sociales" en *La Iglesia ante los medios de comunicación social*. Ponencias de la XXIX Asamblea Episcopal Española. Secretariado Nacional de la Comisión Episcopal de MCS, Madrid 1978, p. 273.

9. J. F. SERRANO OCEJA, "La identidad de la Iglesia Española en su relación con los Medios de Comunicación Social" en: D. BOROBO-J. RAMOS (Eds.), *Evangelización y medios de comunicación*, Salamanca 1997, p. 177.

10. *Boletín de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social*. C.E.E. 169 (1992), p. 15.

11. Véase la cantidad de revistas y fascículos coleccionables de todo tipo sobre medicina, nutrición, biociencia, arte, deportes..., etc. Cf. EDGAR MORIN, *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona 1994, pp. 143, 147.

12. DOMINIQUE WOLTON, *Sobre la comunicación. Una reflexión sobre sus luces y sus sombras*. Madrid 1999, p. 380.

13. JUAN PABLO II, *Mensaje de la XXXIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 18 de Abril de 1999*. *Boletín de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social*. C.E.E. 196-197(1999), pp. 31-32.

14. G. RAIGÓN PÉREZ DE LA CONCHA, "Comunicación y Pluralismo en la actividad mediática", en M.T. AUBACH (Coord.), *Comunicación y Pluralismo. Acta del Congreso Internacional (25-27 de Noviembre de 1993)*, Salamanca 1994, pp. 592-593. ID., *Estructura de la Información en la Iglesia Católica*, Universidad de Murcia 1998, p. 164.

15. J. L RESTAN, *La Iglesia y su incorporación a los nuevos medios de comunicación*. *Boletín de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social*. C.E.E. 196-197(1999), p. 24.

16. AVERY DULLES, "El Vaticano II y las comunicaciones" en R. LATOURELLE (Ed.), *Vaticano II: balance y perspectivas. Veinticinco años después (1962-1987)*. Salamanca 1989, p.1153.

17. ALFONSO LÓPEZ QUINTAS, *El poder del diálogo y del encuentro*. Ebner, Haecker, Wust, Przywara, Madrid 1997, p. 33.

18. PABLO VI, Encíclica *Ecclesiam suam*, 67.

19. E. YANES, "Tareas del Pueblo de Dios para el siglo XXI" en: O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL (Ed.) *La Iglesia en España 1950-2000*, Madrid 1999, pp. 318-319.

20. MANUEL DE UNCITI, "La Iglesia, misterio y acontecimiento" en *La Iglesia, dato informativo. Ponencias de Las Jornadas Nacionales de Informadores Religiosos, 1-4 Mayo 1980*, Madrid 1981, p.38.

21. El decreto *Intermittitca* nn^o 19-21 habla sobre los organismos adecuados. También pueden verse algunos textos de la *Communio et progressio*, nn^o 114-125 (sobre la Iglesia en diálogo); nn^o 162-180 (sobre instituciones, personas y organización).

22. PIERRE BABIN, *La era de la comunicación. Para un nuevo modo de evangelizar*, Santander 1990, p.40.

23. Véase el resumen de los cinco modelos de comunicación de AVERY DULLES, op. cit., pp. 1142-1147 que se hace J. E SERRANO OCEJA, "¿Qué Iglesia?, ¿Qué cultura?, ¿Qué comunicación?" en A. GALINDO GARCÍA, I. VÁZQUEZ JANEIRO, *Cristianismo y Europa ante el Tercer Milenio*, Salamanca 1998, pp. 314-316.

24. Cf. JOSÉ F. SERRANO OCEJA, "La Delegación..." op. cit., p. 661-665.

25. "La promulgación de la Lumen Gentium constituye el comienzo de una nueva era... Se puede decir que hemos pasado de una Iglesia-institución a una Iglesia-comunidad, de una Iglesia-potencia a una Iglesia pobre y peregrina" en: A. ANTÓN, *Primado y Colegialidad*, Madrid 1970, p. 34. Cf. G. DEJAIFVE, *L'Ecclesiología del Vaticano A*, Brescia 1973, pp. 87-88.

26. La noción de comunión impregnó durante el primer milenio la conciencia de la Iglesia y la doctrina edesiológica, y en la tradición de las Iglesias orientales ha estado en pleno vigor hasta nuestros días: J. RATZINGER, *L'Ecclesiología del Vaticano II, en la Chiesa del Concilio*, Milán 1973, p.13.

27. Cf. Sobre el tema del diálogo interno en la Iglesia puede verse: *Communio et Progressio*, n^o 116-120.

28. LOLA GALÁN, "Entrevista a Joaquín Navarro Valls" en *El País Semanal*, n^o 1205, 31/10/1999, p.18.

29. S. PETIT CARO, "La diócesis como fuente informativa" en: *La Iglesia, dato informativo. Ponencia de las primeras Jornadas Nacionales de Informadores Religiosos, 1-4 Mayo 1980*, Madrid 1981, p. 142.

30. Cf. OBISPOS DEL SUR DE ESPAÑA, *Andalucía en el camino de la nueva evangelización, 1995*. ID., Documentos colectivos del Sur de España (1970-1988), Madrid 1989.

31. OBISPOS DEL SUR DE ESPAÑA. "Os anunciamos la Vida eterna...para que vuestro gozo sea completo", 1998, n^o 11.

32. Véase la *Guía Internet de la Iglesia Católica en España*, C.E.E., Madrid 1999.

El anaquel

Parte 5: Los ratones: Fisgón y Escurridizo⁷

De la actividad a la productividad

Los liliputienses seguían preguntándose qué hacer: ¿Cambiar o no cambiar?, he ahí la cuestión. Mientras, en otra parte del laberinto los ratones Fisgón y Escurridizo no pesaban en otra cosa que en el Queso Nuevo que esperaban encontrar. Después de no pocos esfuerzos, al final, consiguieron llegar a una Gran Reserva de queso —el trabajo había merecido la pena—

Mientras Hem y Haw seguían valorando la situación, estaban tan tensos que incluso se acusaban mutuamente por no tener Queso. Haw era consciente de lo mal que lo estaban pasando y pensaba en Fisgón y Escurridizo quienes seguramente había encontrado más Queso. “¡Vámonos!”, gritó. Pero Hem no respondió, quería quedarse en el sitio que conocía, enfrentarse al laberinto era peligroso y él era demasiado viejo para eso. Como respuesta temporal se les ocurrió hacer un agujero en la pared por ver si al otro lado estaba el Queso; pero lo único que consiguieron fue un gran agujero, nada más. “Haw empezaba a distinguir entre actividad y productividad”.

Era de justicia que los afanados ratones dieran con su preciado Queso después de moverse tanto y agotar las alternativas dentro de ese laberinto que es el mundo, que es la vida. Con sus limitadas capacidades y escasez de recursos pero con un empeño claro y una buena coordinación de las cualidades que tenían habían llegado a lo que buscaban. Esa búsqueda y el nuevo hallazgo ha supuesto un cambio en sus ritmos y esquemas de vida, porque tienen una cosa clara: sin Queso no pueden vivir.

Seguro que muchas fueron las encrucijadas del laberinto que hubo que superar una y otra vez, muchas las vueltas y los retrocesos, muchos los caminos cerrados o intransitables... todo eso no importaba ahora que podían gozar de esa gran reserva de Queso —mucho mayor de lo que se hubiesen podido imaginar mientras surcaban el laberinto—.

Los liliputiense, a pesar de las incomodidades, a pesar de los dolores, de sus rostros demacrados por la falta de Queso, a pesar de sus pesadillas siguen impasibles en su depósito Sin Queso. Han pensado una y otra vez en lo que les ha pasado, ya no tienen fuerza ni para quejarse. Deprimente.

Haw deja por un momento de pensar en el pasado y en el atormentado presente y hace una amago de mirada hacia el futuro, “¿y si dejásemos el depósito y volviésemos al laberinto?” Detrás de esta ingenua pregunta, que es en sí respuesta, se encontraba la solución. Pero los ánimos de Haw se ven frenados por el miedo de Hem a dejar ese depósito. Hem sigue pensando en su status privilegiado y se niega a enfrentarse otra vez a esa serie de recodos por los que se habían movido hasta encontrar los que había sido una gran Reserva de Queso.

Hem sigue obcecado en un presente fuertemente marcado por un glorioso y confortable pasado. Pero ahora toda su vida se reducía a cuatro paredes, dentro de las que no había nada. Hem pensó por un instante en el exterior, o al menos fuera de esos tabiques. Su respuesta no era tan lanzada como la de Haw, pero parecía un indicio. “Tal vez al otro lado

⁷ Cf. Spencer Johnson (2001). *¿Quién se ha llevado mi Queso?* Barcelona: Empresa activa. 43-46.

del muro esté el depósito desde el que se suministraba el Queso”, se le ocurrió pensar. Lo único que tendrían que hacer era comprobarlo abriendo un agujero.

A primera vista la tarea le atrajo, porque no le movía de su situación. El trabajo que hubo que realizar fue muy duro, los dos liliputienses se entregaron a la tarea. Una tarea ilusionante por lo esperanzadora que era al principio, pero pronto convertida en decepción y desesperación al comprobar que sus esfuerzos habían sido inútiles.

Dice el autor que “Haw empezaba a distinguir entre actividad y productividad”. Esta situación nos suena mucho tanto a nivel personal como en un nivel mucho mayor como vida religiosa. Tal vez los términos laborales nos despisten, por eso podríamos traducir la frase: hemos de aprender a distinguir entre activismo y calidad de testimonio y eficacia de nuestra misión. Dice un conocido autor en estas lides que «muchos religiosos y, sobre todo, religiosas confunden el celo con el frenesí y el apostolado con el nerviosismo»⁸. Los ejemplos nos surgen rápidamente a la mente, también de nuestra propia experiencia.

Cuando el trabajo que se hace, aunque aparentemente sea muy loable, e incluso “evangélico”⁹, con el paso del tiempo se convierte en un “hacer por hacer”; si éste no ha partido o ido tomando unas bases sólidas, lo que hacemos se va desgajando de nuestras motivaciones vocacionales —que un día dieron pleno sentido a nuestra vida pero ahora se ahogan en la actividad y no en la “productividad”—. Este grave error es tremendamente humano en una sociedad que valora lo concreto, lo inmediato, lo práctico y no los caminos por los que Cristo nos pide ir. Esa visión tan centrada en lo urgente es la que no nos permite pensar a largo plazo. Esa falta de futuro, incluso de esperanza, se convierte en autojustificaciones: utilizando las palabras de Hem, «empiezo a sentirme cansado, yo creo que no me interesa la perspectiva de perderme y hacer el ridículo...»¹⁰

Ciertamente, tanto Hem como Haw, empezaban a sentirse cada vez más débiles y viejos, lo que no comprendían que lo que les estaba matando era su actitud de resistencia al cambio. Si una planta no renueva su savia acaba secándose.

El cambio que los liliputienses necesitan no es sólo un cambio físico, no es un mudanza; lo que realmente necesitan es un cambio de mentalidad y de visión, un volver a lo auténtico del pasado cuando, emprendedores, recorrían el laberinto en busca del Queso que alimentase su vida y sus esperanzas. Así, muchas veces, nuestro cambio no ha de ser de lugar, sino de romper con nuestras seguridades personales y cambiar la mentalidad porque «la consagración es la primera fórmula —esencial— de evangelización. Y la vida comunitaria es el apostolado sustantivo, porque es anuncio permanente del Reino de los cielos y de la fraternidad universal fundada por Cristo»¹¹.

Concluyendo, el cambio sólo operará desde nuestros mecanismos internos y desde una tensión vocacional vivida día a día, a cada instante. Sólo

⁸ Severino María Alonso (¹¹1998). *La vida consagrada. Síntesis teológica*. Madrid: Publicaciones Claretianas. 25.

⁹ Cf. ib.

¹⁰ Spencer Johnson (²⁴2001). *Op. cit.* 45.

¹¹ Severino María Alonso (¹¹1998). *Op. cit.* 468.

desde lo ordinario descubriremos lo extraordinario, por lo que antes hemos de darnos cuenta del valor interpelante de los acontecimientos y detalles que Dios nos ofrece cotidianamente. Ante la pérdida de garantías que eso supone, nuestra mayor certeza la constituye Cristo que nos ayuda, como a Nicodemo, a nacer de nuevo en nuestra latente debilidad (cf. Jn 3, 3) —eso sí, la respuesta final siempre la tendremos nosotros como en su día la tuvo Nicodemo—.